

EL CONOCIMIENTO PROGRESIVO DE CRISTO

Vamos a ver en este estudio, (dividido en dos partes) cómo podemos adquirir de manera progresiva el conocimiento de Cristo, ya que conocer al Señor es el centro del qué hacer de la vida cristiana. El conocimiento del Señor es un asunto que corresponde a la vida misma, tal como lo dice *Juan 17:3 Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.*

La expresión “vida eterna” al estudiarla en la Biblia, no se refiere solamente a la vida que tendremos cuando por fin hayamos entrado a la eternidad con el Señor, muchos creen que sólo hasta entonces habrá una vida eterna y sí debemos aguardar por ese tiempo, ya que eso también es una realidad, vendrá el tiempo en que nuestros cuerpos mismos serán eternizados a la imagen y semejanza de Dios, donde existiremos para siempre en una dimensión espiritual-física con Dios, pero antes de que obtengamos esta transformación gloriosa debemos saber que también en este tiempo y en estos cuerpos mortales, podemos vivir día tras día siendo afectados por la vida eterna de Dios que está en nosotros, la cual recibimos desde el día que nacimos de nuevo, cuando por obra del Espíritu Santo fuimos engendrados por Dios como sus Hijos.

Entonces la vida divina, la cual vivimos por obra del Espíritu consiste en que día a día conozcamos al único Dios verdadero y a Jesucristo, en quien el Padre se ha procesado a una dimensión en la cual el hombre pueda tener acceso a Él. De aquí, que lo uno no se puede separar de lo otro, si tenemos la vida Eterna habitan-



do en nosotros, podremos conocer a Dios, y si conocemos a Dios por medio del Espíritu, seguro que mantendremos en nosotros el fluir de Su vida.

UN CUERPO AGREGADO A LA SUSTANCIA DIVINA

En el párrafo anterior definimos que la Vida Eterna, o la Vida de Dios, o la Vida Divina como queramos llamarla, consiste en “que día a día conozcamos al único Dios verdadero y a Jesucristo, en quien el Padre se ha procesado a una dimensión en la cual el hombre pueda tener acceso a Él”. Para entender mejor esto, recordemos que la Biblia nos muestra a nosotros claramente que Jesucristo, el Hijo de Dios sufrió un cambio en su condición divina, pues dice *Filipenses 2:6 aunque existía en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, v:7 sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres. v:8 Y hallándose en forma de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.*” después de la muerte de la cruz, Jesucristo se sentó a la diestra del Padre en las alturas victorioso, pero con un Cuerpo glorioso. Cristo antes de ser enviado a la tierra, no tenía un cuerpo, Él juntamente con el Padre eran sustancia divina, sin embargo, después del padecimiento de la cruz, al ser ascendido, Él conservó ese cuerpo, sólo que ese cuerpo lo glorificó, en sí podemos decir que el cuerpo que Él preservó, fue el mismo cuerpo con el que Jesús vino a la tierra, fue el mismo cuerpo con el que padeció en la cruz del Calvario, y será el mismo cuerpo que tendrá por toda la eternidad, pero transformado en algo glorioso.

Y traemos esto a cuenta porque lo que Dios quiere como sustancia divina, es darse a conocer al hombre, pero el problema es que el hombre es incapaz de acercarse a Dios, por la razón de que Dios habita en luz inaccesible. Por lo tanto, Dios que es sabiduría, comenzó un proceso para lograr darse a conocer al hombre. Aunque esto es un asunto de otro estudio, brevemente conceptualicemos lo siguiente: Primeramente, Él mismo se vertió en el Hijo, luego el Hijo tuvo que adquirir un cuerpo de hombre para darse a conocer a los hombres, pero todo este proceso se dio sin que se perdiera la esencia divina, tal como lo dice *Juan 1:14 Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.* La esencia divina no se perdió en el Hijo,



ni se vio menguada ni alterada en ninguna manera, pero la apariencia de la deidad sí cambió eternamente, porque le dieron un cuerpo de hombre.

Debido a este proceso, podemos decir que la condición y la naturaleza de Dios-Hijo después de la resurrección, nunca más llegará a ser la misma que Él tuvo antes en el principio con Dios, porque hubo un cambio en su estructura corporal. De allí en adelante, no podremos concebir jamás a la divinidad sin un cuerpo, porque el cuerpo que tomó la divinidad es ahora su sustento, es decir, la plataforma o el lugar de Su expresión. Es una realidad que la divinidad está suscrita al cuerpo de Cristo, tal como lo dice *Colosenses 2:9 Porque toda la plenitud de la Deidad reside corporalmente en El*, Cristo no es menos ni más que la divinidad, Él sigue siendo el mismo, el detalle que cambió para siempre en la divinidad es que fue corporificada en el cuerpo del Hijo.

Aquel Dios–Espíritu que habitaba en luz inaccesible lo vemos ahora convertido en un Dios-hombre, esto es un gran misterio: “Dios se procesó en Cristo” no solamente con el fin de salvarnos, es demasiado limitado y reducido hablar de Cristo sólo a nivel de la salvación, el misterio de Dios va más allá y es que Cristo comparte ahora su ser y su vida con los mortales que creen en Él. Entonces, ahora sí es posible que los hombres conozcan al único Dios y a su Hijo Jesucristo a quien el Padre envió, porque los creyentes han sido hechos participantes de Cristo, como lo dice *Efesios 5:30 porque somos miembros de su cuerpo*. Y es más somos tan miembros de su cuerpo, hemos sido tan asimilados en Él al punto que podemos entenderlo y conocerlo porque según *1 Corintios 2:16 ... nosotros tenemos la mente de Cristo*”.

Nosotros debemos de alabar a Dios por Cristo por su muerte en la cruz, pues al morir nos salvó del infierno, pero debemos también alabarlo porque en su resurrección, nosotros alcanzamos novedad de vida, y alabarlo también porque al ascender a la diestra del Padre, porque por medio de Cristo, un cuerpo como el nuestro logró acceder a los cielos, lo que nos asegura la victoria en nuestra caminata cristiana, como dice *Hebreos 6:20 ... Jesús entró por nosotros como precursor*, por medio de Él, ahora los creyentes somos habilitados para vida eterna, tenemos asegurado el recorrido desde que somos salvos hasta nuestra posición en la eterni-



dad, siendo en todo esto lo más glorioso que en este tiempo lo conozcamos a Él y crezcamos hasta alcanzar la medida de la estatura de la plenitud de Cristo, por medio del poder de la resurrección, para que un día finalmente hasta nuestros cuerpos mortales de humillación sean cambiados por cuerpos inmortales glorificados. ¡Aleluya!

Es necesario que tengamos una vista global de lo que Dios quiere hacer en nosotros, es decir, que tengamos el conocimiento pleno de lo que Dios quiere hacer en nuestras vidas. Es un derecho de la vida eterna que lo conozcamos a Él y a su Hijo, pero no alcanzaremos a plenitud conocerlo todo, pues hasta en la eternidad lo seguiremos conociendo, como dice *Oseas 6:2 Nos dará vida después de dos días; en el tercer día nos resucitará, y viviremos delante de él. v:3 Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová ...*”

Podemos decir con seguridad que aunque no conoceremos plenamente a Dios, sí podemos conocer plenamente el sentir que Dios tiene para con nosotros que somos su pueblo, pues para eso nos dejó la Escritura, para que entendamos que la verdad plena de Dios está basada en lo siguiente: Cristo y la Iglesia reinando sobre todas las cosas, esto es en breves palabras la economía de Dios. Si captamos esto, entenderemos que todo lo que está en la Biblia apunta hacia este misterio del que predicaba el Apóstol Pablo, por eso él oraba que Espíritu de Sabiduría y revelación viniera sobre nosotros para poder entender que esto es el meollo del Evangelio.

DIMENSIONANDO EL CONOCIMIENTO

Conocer al Señor es el centro de la revelación, pero muchas veces creemos que estamos conociendo al Señor sólo si sentimos Su presencia con nosotros a cada instante, casi llegamos a hacer de Dios un amigo virtual con el cual pasamos muchos momentos espirituales y aún hasta en nuestros momentos de recreación, y no que esto sea malo, el problema es que Dios no se nos revela así todo el tiempo y es más, nunca jamás llegaremos al conocimiento pleno de Dios de esta manera,



porque conocerlo a Él es conocer a Cristo como cabeza y a Su cuerpo que es la Iglesia.

A continuación veremos tres facetas a través de las cuales podemos dimensionar el conocimiento de Dios y de Su Hijo Jesucristo.

1. *El conocimiento por medio de la dimensión del Cuerpo.*
2. *El conocimiento, en la dimensión de ser moradas del Señor.*
3. *El conocimiento en la dimensión del Apokalupsis de Cristo.*

Desarrollaremos cada uno de estos puntos a lo largo de este estudio. (El punto 3 lo veremos en *"EL SEMANARIO" #26*)

1. *El conocimiento por medio de la dimensión del Cuerpo*

1 Corintios 12:12 Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, aunque son muchos, constituyen un solo cuerpo, así también es Cristo. Al leer detenidamente, lo que aquí dice es que Cristo es "muchos miembros" y esto nos muestra que Cristo es un ser corporativo, pero que a la vez esos muchos son uno en Él.

La revelación primaria que tenemos al hablar del Cuerpo de Cristo es que tres hermanos unidos en un lugar "hacen" al Cuerpo de Cristo, sin embargo, esto es incorrecto, porque ellos no "hacen" al Cuerpo de Cristo cuando se reúnen, si no ellos son los que hacen posible la manifestación del Cuerpo de Cristo cuando están reunidos. La diferencia entre estos dos pensamientos estriba en que el Cuerpo de Cristo no es algo que tiene realidad sólo cuando dos o tres están reunidos, si no que independientemente de eso el Cuerpo de Cristo es una realidad en la Economía de Dios, es decir, en el Plan Divino el Cuerpo de Cristo es algo existente y real, tal como lo es el Cristo-Cabeza que está sentado a la diestra del Padre. El problema es que el Cuerpo de Cristo no cobra vida, ni da lugar a la manifestación y expresión del mismo ser de Cristo, a menos que dos o tres de sus miembros estén reunidos en Su Nombre. Es como cuando se genera la electricidad, esta puede existir en el generador, pero nunca podremos hacer uso de ella a menos que haya



un cable conductor que nos permita hacer uso de ella. Así también la dimensión del Cuerpo de Cristo es algo real en la Economía divina, pero son los creyentes los que hacen posible que disfrutemos a Cristo en esta dimensión.

Por eso es que de dos miembros en adelante, no importa la cantidad de los miembros que se reúnan, pues, sean dos, sean mil o sean diez mil, estarán dando lugar a que Cristo se exprese y se manifieste en ellos y que a su vez ellos sean una sustanciación de Cristo en la tierra. Por supuesto que no es un asunto de que sólo la presencia física sea suficiente para que seamos Su Cuerpo, pues podemos estar juntos físicamente e independizados del Cuerpo interiormente. Por otro lado, alguien por algún tiempo puede estar separado físicamente de la Iglesia por “A” o “B” motivo, sin embargo, no por eso dejará de ser parte del Cuerpo de Cristo. Es necesario e indispensable estar juntos con los hermanos en lo físico, pero además, debemos de tener este sentir en el interior, pues ausentes o presentes somos el Cuerpo de Cristo. El meollo de este párrafo es que entendamos que el Cuerpo de Cristo no es algo que solamente se conforma con la presencia física de los miembros reunidos, pero que al disgregarnos, se pierde la realidad de lo que es este Cuerpo, si no que el Cuerpo de Cristo es una realidad latente en el Plan de Dios y que los miembros que han logrado obtener esta revelación gloriosa, son los que hacen posible que donde dos o tres estén reunidos en Su nombre, allí brote la vida de Cristo.

Dios requiere que tengamos conciencia sobre lo que es el Cuerpo de Cristo. Es cierto que hay golpes que vienen a nuestra vida por querer vivir bajo esta revelación, y golpes que vienen de los mismos hermanos que conforman el Cuerpo. Es cierto que hay traiciones, humillaciones, etc. pero a través estos tratos, la vida divina fluye, lo cual nos lleva a entender que aún esos hermanos que nos propician dolor son el Cuerpo de Cristo, sean lo que sean, nos conducen a Vida. Si no tenemos la revelación que los hermanos son Cristo, no sacaremos Vida de los tratos, por el contrario, nos amargaremos y terminaremos abandonando la comunión con los santos. La palabra “Cuerpo” talvez nos ha hecho pensar que los miembros poseen una naturaleza diferente a Cristo, pero esta palabra sólo nos marca la posición que tenemos como miembros, pero la naturaleza del Cuerpo en sus miembros, es la misma de Cristo como Cabeza.

Leamos el siguiente pasaje: *Juan 14:18 No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros. v:20 En ese día conoceréis que yo soy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.* ¿Cómo podemos conocer a plenitud a este Cristo que no nos dejaría huérfanos? Sólo cuando entendemos que todos estamos en Él, pues Él en este verso menciona a tres entes, al Padre, Él mismo como el Hijo y la Iglesia (vosotros). El proceso “yo en vosotros”, es algo que por supuesto se da por obra del Espíritu Santo, pero antes de eso nos habla de muchos que llegan a ser uno: “vosotros en mí”, esto nos habla de que nosotros estaríamos en Él, por lo tanto, no estaríamos huérfanos, porque estaríamos en Él y de allí que Él también estaría en nosotros.

En una ocasión, según lo narra el Evangelio de *Juan 14:8 Felipe dijo: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. v:9 Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y todavía no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo dices tú: "Muéstranos al Padre"?* Aquí hay un reclamo del Señor hacia Felipe diciéndole en otras palabras ¿Cómo te atreves a dudar de este Misterio: “El Padre y Yo uno somos?”, esto era algo incuestionable, era algo que no podía quedar con margen de duda, y así sucede hasta el día de hoy. Todos los que no pueden llegar al Padre a través de Cristo, nunca podrán conocer a Dios. Pues igualmente el Señor agrega versos más adelante que así como Él y el Padre son uno sólo, así también Cristo y la Iglesia son uno sólo. El que no pueda ver a Cristo en la Iglesia, el que no pueda ver a Cristo en los miembros, no podrá conocer a Cristo en otras dimensiones. Si alguien llega a una reunión de la Iglesia y sale de ese lugar diciendo que no se encontró con Cristo, es porque tal persona está ciega, pues sólo el hecho de ver a los hermanos congregados nos muestra a Cristo mismo. A esto es lo que podemos llamarle conocimiento básico en la vida del creyente.

Esta dimensión por su puesto, no pretendamos entenderla con la mente natural, si no por el Espíritu. Pues es igual que querer entender el misterio de la Trinidad con la razón humana, sabemos que es algo imposible captarlo para la mente natural, pero sí lo podemos ver y entender por la revelación del Espíritu. Así también debe ser el misterio de Cristo y la Iglesia, con el razonamiento natural, sólo



podremos ver a hermanos y muchos de ellos carnales, pero si vemos con los ojos del espíritu, veremos a Cristo mismo.

Lo que pasa muchas veces es que nuestro corazón se vuelve arrogante y no nos permite visualizar a Cristo en los hermanos. Es como el caso de los fariseos, que les costaba mucho trabajo ver al Mesías encarnado en aquel hombre Jesús, porque Jesús sólo era el hijo de un carpintero, Jesús era sólo un Galileo, Jesús no era más que un hombre ridículo que montaba en un asno, Jesús no era más que un hombre común y corriente, y por estos y otros detalles, ellos se perdieron de ver a Dios caminando envuelto en aquel hombre Jesús. Pues de igual manera nosotros podemos ver privados de conocer al Señor, al no concebir que los hermanos de la congregación son Cristo mismo, al no tener la revelación de que así como Dios se encarnó en Jesús, así también Cristo se ha encarnado ahora en los muchos miembros que conforman la Iglesia.

Si logramos recibir la revelación de este misterio tal como lo vivieron los discípulos con el Señor Jesús, nosotros también podremos vivir a Cristo en nuestros hermanos. Al Apóstol Juan le dieron esta revelación, por eso Él pudo escribir en *Juan 1:14* “*Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros ...*” ¡qué tremenda aseveración! Lo que aquí Juan está manifestando es la preciosa revelación que él tuvo de ver como Dios mismo se envolvió en aquel hombre Jesús, Dios se envolvió en carne, pero a pesar de estar envuelto y opacado por una vasija humana, él dice: “*y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*”. En medio de la humanidad a Juan le revelaron que aquel Jesús era más que un simple hombre, Él pudo ver la gloria que contenía aquel vaso y vio a Dios mismo en Jesús. Los hombres más eruditos en las Escrituras no pudieron ver a Dios caminando entre ellos, pero Juan dice: nosotros, hombres del vulgo, que éramos simples pescadores, lo vimos a Él lleno de Gracia y Verdad. Pues hermanos, así nos puede suceder a nosotros, podemos ver y vivir a Cristo en medio de los hermanos, no necesitamos pasar por un Instituto Bíblico para poder verlo, sólo tenemos que ser humildes para que no nos perdamos esta bendición tan grande de ver cómo Cristo se ha encarnado ahora en cada uno de nuestros hermanos. No miremos el transfondo cultural, ni social, no miremos la raza, no miremos sus defectos, veamos que Cristo se ha encarnado en ellos. ¡Aleluya! Tal como lo dice *Colo-*



senses 3:10 y os habéis vestido del hombre nuevo, el cual se va renovando hacia un verdadero conocimiento, conforme a la imagen de aquel que lo creó; v:11 una renovación en la cual no hay distinción entre griego y judío, circunciso e incircunciso, bárbaro, escita, esclavo o libre, sino que Cristo es todo, y en todos.

Esto es un probatorio, así como los fariseos fueron probados en tener que ver lo divino en un cuerpo, así nosotros también seremos probados en ver lo divino en humanos de carne y hueso. El Cuerpo de Cristo no debemos verlo como una limitante, o como una causa de tropiezo, si no como un auxilio de Dios para nosotros, pues tan sólo basta ver a uno de nuestros hermanos para saber que hemos visto a Dios, sólo basta hablar con uno de ellos, para saber que hemos hablado con el Señor mismo.

Hoy en día, una gran parte de la Iglesia tiene velados sus ojos para ver esta verdad y vivir bajo esta revelación. Eso lo notamos en aquellos que sólo pueden recibir Palabra de los “grandes” hombres de Dios, pero que fuera de los Ministros ya seleccionados, no reciben de nadie más. Debemos amar a los hombres de Dios que el Señor les ha encomendado grandes cosas y cuyos Ministerios tienen grandes alcances, pero eso no nos da licencia para despreciar a los miembros más débiles del Cuerpo. Seamos como José de Arimatea que después de que el Señor Jesús murió fue a pedirle el cuerpo ya muerto a Pilato, porque aquel hombre valoraba a Cristo aunque ya estuviera muerto. ¿Acaso nosotros no debemos ser así con el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia? Que aunque muchas veces esta parezca estar muerta, amémosla, no por lo que tenga o lo que nos da, si no por que es el Cuerpo de Cristo y nos guste o no, formamos parte de ese Cristo. Por supuesto, si tenemos la revelación de lo que es Cristo, nos daremos cuenta que la Iglesia no está muerta, si no que es un ente con vida Divina.

En la vida práctica y cotidiana de la Iglesia esto funciona de la siguiente manera: la hermana “fulanita” está pasando por una gran necesidad y por más que ora, el Señor no le da la palabra que ella necesita. Por otro lado está el hermano “menganito” a quien Dios en oración le puso una palabra que para él no era trascendental. Cuando estos hermanos se van al culto de la Iglesia y empieza el tiempo de la oración, el hermano “menganito” siente del Espíritu decir la palabra que



Dios le dio en oración, lo que no sabe es que esa palabra que para él no tiene mayor relevancia, es la palabra oportuna que la hermana “fulanita” estaba necesitando. Con este ejemplo podemos concluir lo siguiente: cada uno de nosotros somos miembros individuales del Cuerpo, pero sólo cuando nos reunimos bajo la revelación de lo que es el Cuerpo llegamos a ser uno, y cuando estamos en ese sentir, entonces hay provisión de vida para todos.

Esto implica tener sencillez y una responsabilidad individual de los unos a los otros, porque volviendo al ejemplo anterior, el hermano “menganito” fue responsable en dar la palabra, pero ahora, la hermana “fulanita” debe ser sencilla para recibir la palabra de Dios de parte del hermano “menganito”. Ella no debe cerrarse en que Dios le tiene que hablar de manera personal en lo secreto, si no estar dispuesta a recibir la provisión de vida de parte de uno los miembros del Cuerpo, ¿porqué? porque Cristo y la Iglesia son uno, es lo mismo que le hable el Señor en lo secreto o que le hable el Señor a través de “menganito”, porque ese hermano es Cristo mismo. Si tenemos esta revelación, nunca nos veremos carentes de provisión de vida, siempre tendremos la palabra del Señor a tiempo. Al entender esto, buscaremos la Iglesia no sólo para oír el mensaje del predicador “preferido”, si no buscaremos la Iglesia para encontrarnos con la vida de Cristo mismo encarnado en hombres falibles que conforman Su Cuerpo, por los cuales fluye esa Vida.

“En síntesis podemos decir que esta revelación o conocimiento implica no sólo entender la dimensión de Cristo para con Su Cuerpo, si no la realidad de la unidad armónica-biológica que existe entre Cristo y la Iglesia, lo cual significa que la Iglesia y Cristo son uno con Dios en dimensión y naturaleza.” Al decir unidad armónica-biológica se trata de estar juntos en armonía, pero con la vida de Dios presente en medio de nosotros. Porque juntos y en armonía hasta los incrédulos suelen estar mientras juega su equipo en el estadio, pero la unidad biológica sólo la pueden tener los hijos de Dios, aquellos que tienen en común la vida Divina y además están juntos y en armonía. Esto es ser parte del Cuerpo de Cristo, reconocer que todos somos uno, porque Cristo es la reunión de muchos miembros en un solo ser.

2. El conocimiento, en la dimensión de ser moradas del Señor.

Convertirnos en moradas del Señor es algo que también es parte del avance que debemos tener en cuanto a conocerlo a Él. Alguien podrá decir “hermano, pero Dios mora en mi desde el día en que nací de nuevo”. Pero lo que sucede es que ignoramos que decir “Dios nació de nuevo en mi espíritu”, es diferente a lo que la Biblia nos dice muy claramente que “Dios puede llegar a morar en nuestro corazón”.

Efesios 3:16 “...ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior; v:17 de manera que Cristo more por la fe en vuestros corazones;...”

Cuando nacemos de nuevo, Cristo no viene a habitar en nuestro corazón como lo dice el verso que acabamos de leer, porque nuestro corazón es parte de nuestra humanidad y no del espíritu y cuando nacemos de nuevo, el Señor empieza su obra en el hombre interior, es decir, en nuestro espíritu. Este es el lugar donde se gesta la obra del nuevo nacimiento. Tal como lo confirman los siguientes versos:

1 Corintios 6:17 Pero el que se une al Señor, es un espíritu con El.

Romanos 8:9 Sin embargo, vosotros no estáis en la carne sino en el Espíritu, si en verdad el Espíritu de Dios habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de El.

Romanos 8:15 Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud para volver otra vez al temor, sino que habéis recibido un espíritu de adopción como hijos, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! v:16 El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios



Cristo viene a habitar en el espíritu del hombre, sin embargo, Él con su vida desea absorber lo mortal, al punto que un día Él habite en el corazón del hombre y no solamente en el espíritu. A esto es lo que se refiere este verso, a algo futuro, algo que sucederá luego de algún tiempo que por medio de su poder nuestro hombre interior (el espíritu) se haya fortalecido tanto, que conquiste nuestro corazón como el lugar de habitación para Dios.

El corazón es un miembro que forma parte del hombre exterior. Es el miembro que une las percepciones del alma y los sentidos del cuerpo. Entonces ¿porqué Dios quiere morar en el corazón del hombre? Porque lo que Dios busca en el hombre es poder tener control de todo su ser, para que este sea un medio de expresión de la voluntad Divina, aún a nivel del alma y el cuerpo. La habitación de Dios en el espíritu del hombre resultará muy estrecha, incómoda e insuficiente para realizar lo que Él se ha propuesto hacer en cada uno de nosotros, por eso es que Él necesita morar no sólo el espíritu del hombre, sino en el corazón del hombre.

No hay duda que conoceremos del Señor y al Señor cuando nos convirtamos en Su morada, cuando le damos espacio en nuestro ser natural para que Él se expanda, se regocije y ejerza su voluntad en nosotros y por medio de nosotros.

Ahora bien, ¿Cómo nos convertimos en sus moradas? Leamos los siguientes versos en *Juan 14:23 Judas (no el Iscariote) le dijo: Señor, ¿y qué ha pasado que te vas a manifestar a nosotros y no al mundo? v:23 Jesús respondió, y le dijo: Si alguno me ama, guardará mi palabra; y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos con él morada. Según estos versos, un requisito para ser moradas del Señor es que guardemos Su Palabra y le amemos. Esto nos muestra que nacer de nuevo, no nos garantiza convertirnos en moradas del Señor, si no que le amemos a Él, dando certeza de ese amor a través de guardar Su palabra.*

Convertirnos en moradas del Señor es obvio que nos hará conocerle más, porque esto es como lo que suele suceder cuando alguien se viene a vivir a nuestra casa por un mes. Seguro que al mes de estar conviviendo juntos en una misma casa, nos conoceremos mucho más que diez años de larga amistad viviendo en casas diferentes, porque viviendo juntos, nos daremos cuenta de muchos detalles que los



vemos sólo cuando estamos cohabitando bajo un mismo techo. Pues igualmente si nosotros nos disponemos a ser moradas del Señor, lo conoceremos más y recordemos que para eso nos dieron Vida eterna, para conocerlo a Él. En otras palabras el interés de Dios de que nosotros seamos su morada, es para que lo podamos conocer más.

Es cierto que para ser moradas del Señor tendremos que ser quebrados y disciplinados, pero esto será lo que también nos hará comprender las mismas verdades escriturales básicas, pero con una revelación mucho más gloriosa. Es como lo que le pasó a Job, después de que lo pasaron por la prueba del dolor, él pudo decir *“He sabido de ti sólo de oídas, pero ahora mis ojos te ven”*. Estos son los hombres que llegan a entender con claridad los misterios de la Escritura, hombres que se han dispuesto a vivir con Dios y por ende conocen a Dios, hombres que meditan en la Ley de Dios de día y de noche, pero que también han dedicado sus vidas para que estas se conviertan en la morada del Señor, hombres y mujeres que se enamoraron de un Dios que quebranta, pero lograron ver que los quebrantos y los sufrimientos temporales son sólo leves pérdidas, que no se comparan con lo glorioso que es conocerlo a Él más y más.

Conocemos al Señor y del Señor cuando siendo Sus moradas le permitimos que Él nos haga su propiedad y que además Él tenga el control total sobre nuestra vida y nos use como Su medio de expresión aquí en la tierra. El Señor quiere que nuestra vida sea Su casa y el dueño de la casa, hace en su casa lo que bien le parece. Al hablar de una casa que es de nuestra propiedad, nos adjudicamos el poder y la facultad de hacerle los cambios que queramos y además podemos expresar en ella nuestros gustos y nuestros planes. Pues igualmente el Señor quiere que seamos “Sus moradas”, porque Él quiere gobernar y expresar su voluntad por medio de nosotros y ¿qué sacamos nosotros de esto? Pues Vida Eterna, es decir, conocerlo más a Él, porque sólo en esta dimensión lo vemos verdaderamente actuando en su Justicia, porque nos convertimos en sus súbditos, en sus esclavos y sin embargo, qué precioso poder decir por la revelación que obtenemos en este plano: *“nuestro Dios es Justo”*. Sólo siendo sus esclavos podremos conocer Su Justicia.



Juan 14:23 “... y vendremos a él y haremos nuestra morada con él” (Nuevo Mundo)

Juan 14:23 “... y haremos nuestra vivienda en él”. (NVI)

La idea de ser moradas del Señor es que seamos “Su propiedad”, que Él disponga todo en nosotros. Nos podemos dar cuenta que esto no es algo que sucede desde que nos convertimos a Cristo, por el contrario, siendo honestos, cuando iniciamos nuestra caminata cristiana somos nosotros los que disponemos del Señor, sin embargo, el tiempo pasa y el gobierno de Dios empieza a ser diferente y ahora Él quiere que lo conozcamos más, pero parte de este proceso es perder nuestra posición de dueños de nuestra vida y cederla en manos de Dios para que Él sea ahora el dueño de todo lo que somos y tenemos.

Si nosotros buscamos la Presencia del Señor cuando queremos, o nos congregamos sólo cuando queremos, si hacemos de nuestro dinero y de nuestros bienes lo que nosotros queremos, es porque seguramente todavía no somos moradas de Dios. Si así es nuestra vida, todavía estamos sacando provecho de Dios, en lugar de que Dios nos aproveche para llevar a cabo Sus planes eternos. Podemos decir entonces que convertirnos en moradas del Señor nos llevará a dejar de ser beneficiarios de las riquezas divinas y nos convertirá en instrumentos de expresión del Señor. Ser moradas del Señor nos llevará a un nivel de conocerlo a Él, tal como se llega a conocer un hombre y una mujer que se unen en matrimonio.

Por eso dice Apocalipsis 21:2 Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, preparada como una novia ataviada para su esposo. v:3 Entonces oí una gran voz que decía desde el trono: He aquí, el tabernáculo de Dios está entre los hombres, y El habitará entre ellos y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará entre ellos.

La Jerusalén del cielo descendía como una novia ataviada para su esposo y en esa misma escena se oyó una voz que decía: “He aquí, el tabernáculo (morada) de Dios está entre los hombres”. Este pasaje es claro al mostrarnos que ser una morada del Señor es igual a estar como una novia dispuesta y preparada para el deleite



de su marido. Ser moradas del Señor es prepararnos y disponernos para vivir como le agrada a nuestro marido celestial y ¿qué sacamos de esto? Volvemos a la misma respuesta, conocerlo más a Él. Nadie conoce más a un hombre, si no su esposa. Si nos disponemos y nos preparamos para Dios, Él querrá tener intimidad con nosotros, por ende, tendremos la *dicha* de pasar más tiempo con Él y conocerlo más.